

precio que se hace de este Sacramento mismo. Remediad, Señor, estas dos enfermedades, y empezad purificando nuestras almas de todos los afectos que nos impiden el gusto de este divino alimento: ilustrad los ojos de nuestra fe sobre los abundantes recursos que nos ofrece: instruid nuestro corazón de las dulzuras que contiene para las almas que vienen á este sagrado banquete conducidas por un temor filial. Entónces no bien nos habreis llamado, quando correremos á sentarnos: entónces nos saciaremos de los bienes de vuestra casa, y nos embriagaremos en ese torrente de deleytes puros que no dexan ningun disgusto ni sentimiento: entónces sereis el principio de nuestra vida espiritual, y el germen de nuestra feliz inmortalidad. Así sea.

DOMINGO III.

DESPUES DE PENTECOSTES.

EPISTOLA PRIMERA DE SAN PEDRO,
cap. 5. vers. 6. II.

Hermanos: Humillaos baxo la poderosa mano de Dios, para que os ensalce en el tiempo de su visita: Echando sobre él toda vuestra solitud; porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sóbrios, y velad; porque el diablo vuestro adversario anda como leon rugiendo al rededor de vosotros, buscando á quien tragar: Resistidle fuertes en la fe: sabiendo que vuestros hermanos esparcidos por el mundo, sufren la misma tribulacion. Mas el Dios de toda gracia, el que nos llamó en Jesu-Christo á su eterna gloria, despues que hayais padecido un poco, él os perfeccionará, fortificará, y consolidará. A él la gloria, y el imperio en los siglos de los siglos. Amen.

INSTRUCCION.

Las palabras de la Epístola de este día forman, hermanos míos, otras tantas máximas y sentencias de que la Iglesia se sirve en sus instrucciones, y que el Christiano debe aplicar con frecuencia á su conducta y á sus costumbres. Por tanto se llama católica esta Epístola, es decir, universal; y sus consejos se dirigen á los Christianos de todos los tiempos, de todos los lugares, de todas las edades, y de todos los estados. En ellos se nos recomienda la humildad, el reconocimiento á los beneficios que nos dispensa la mano poderosa de Dios, la confianza, la sobriedad, la vigilancia, la compasion, y aquella paciencia inalterable que tiene por fin la salvacion eterna: de modo que por qualquiera parte que se consideren las palabras del Apóstol, nos ofrece abundante materia para exâminar y dirigir por ellas nuestra conducta. Desgraciados de nosotros, hermanos míos, si no escuchamos estas importantes lecciones, ó si despues

de haberlas escuchado no las meditamos; pero mas desgraciados todavia si no pasamos de la meditacion á la práctica constante de las verdades que contienen. Aunque nuestra religion, hermanos míos, predica siempre la humildad, es sin embargo la que eleva mas al hombre, y la que mas le prohíbe todo aquello que puede degradarle y deshonrarle. El Paganismo le postraba delante de unos ídolos mudos é insensibles. El Judaismo le sujetaba á unas ceremonias exteriores y legales; pero el Christianismo le somete solo á un Dios; y si vive baxo la dependencia de algunas criaturas, es en tanto que obran conforme á los altos designios de su sabiduría y de su justicia. El Apóstol por tanto nos dice: humillaos baxo la mano poderosa de Dios, para que os ensalce en el tiempo de su visita. Para humillarse, hermanos míos, baxo esta mano poderosa no basta doblar la rodilla, adorar su grandeza y su magestad con un culto público, y reconocer su dependencia con algunas oraciones y sacrificios: es preciso que la voluntad propia se sujete, y dependa siempre de la de Dios: se han de tomar

sus preceptos por el móvil de todas nuestras acciones: debe someterse el espíritu á los dogmas que nos enseña la ley: no debemos citar jamas al tribunal de nuestra razon las verdades que nos revela, ni considerarnos superiores al estado en que nos ha puesto, ni ostentar mas luces, mas penetracion ni mas ciencia que aquella que ha querido confiarnos por su bondad infinita: debemos por consecuencia huir y temer los escollos que nos presenta el amor propio; y en fin, referir á Dios nuestras bienes, talentos y virtudes, persuadiéndonos íntimamente que nada nos pertenece en propiedad. De esta manera es como el Christiano fiel se humilla baxo la mano poderosa de Dios.

Sin embargo esta virtud no es la mas fácil en la práctica, porque se opone siempre á las inclinaciones de nuestro corazon, y porque está unida estrechamente con todas las demas virtudes, de las quales es ella el fundamento y la base; pero tampoco hay otra que recompense con mas generosidad los esfuerzos que hacemos para adquirirla y conservarla, porque es el origen de una

gloria tan cierta como duradera. Dios, dice el Apóstol, os ensalzará en el dia de su visita á proporcion de vuestras humillaciones baxo su mano poderosa.

Este dia, que el Apóstol llama de gloria, es el mismo que llamaba un Profeta dia de confusion y de horror, y es tambien el que tiene destinado Dios para ensalzar la humildad de las almas simples y dóciles. Esta no es una materia difícil de comprehender. La separacion sola de los buenos, y de los malos bastaria para confundir el orgullo del impío, y recompensar la simplicidad del justo; pero el Dios poderoso, de quien habla el Apóstol, tan magnífico en sus dones, como terrible en las sentencias de su justicia, recompensará al justo de todos los ultrages y desprecios que ha sufrido por causa de su fidelidad. La parte que tendrán los Santos en la manifestacion del Hijo del hombre, será proporcionada á la que hayan tenido en sus oprobrios, y el vengador de su gloria será el mismo que vengue la gloria de Jesu-Christo. ¡Qué motivo tan poderoso, hermanos míos, para sostener nuestra con-

fianza! Echad sobre él, dice el Apóstol San Pedro, toda vuestra solicitud, porque él tiene cuidado de vosotros. En este lugar comprende el Apóstol las solicitudes que miran á la salvacion, y aquellas que se refieren á la vida animal y sensible. Dios no autoriza jamas la solicitud excesiva de ciertas almas fieles y piadosas, que viven en un continuo temor de separarse de los caminos de Dios. Estos justos á la luz de su acalorada imaginacion ven armado al Señor con los rayos de su justicia, y registrando sus corazones los encuentran manchados con todo género de pecados: ellos consideran la ley divina como un yugo opresor, y miran el cielo como un lugar inaccesible á pesar de todos sus esfuerzos; y en vez de tributar á la bondad, á la paciencia y á la misericordia de Dios el homenaje debido, ejercitan sus temores, y piensan que sus méritos serán ineficaces para mitigar su cólera. De aquí procede esa agitacion en la oracion: de aquí esos escrúpulos impertinentes que tanto influyen en sus prácticas religiosas: de aquí esa repeticion molesta de unas mismas palabras quando rezan, repeticion

que léjos de fixar su espíritu le distrae: de aquí esa desconfianza en el tribunal de la penitencia, en el qual despues del exámen mas escrupuloso, y del detalle mas circunstanciado, todavía no estan satisfechos de la integridad de sus confesiones: de aquí proceden finalmente esos ayes, y suspiros que estas almas insensatas llevan hasta el pie del altar, privándose por esta causa de las dulzuras inefables de un Sacramento, que debe ser nuestro mayor consuelo. Hermanos míos, tened entendido que con estas disposiciones nacidas muchas veces de un buen principio, no solo no se honra á Dios como corresponde, ni se le tributa el homenaje que exige su justicia, sino que estais expuestos á desconocer su misericordia. Sé muy bien que la imaginacion tiene por lo comun mas parte en estas debilidades que el corazon; que las almas que experimentan estas agitaciones son regularmente las mas justas; pero esta situacion es muy peligrosa, y puede ser un obstáculo poderoso para los progresos de la virtud. En fin el Apóstol dice, que si queremos estar seguros de la salvacion, es

indispensable que pongamos en Dios nuestra confianza, porque su bondad exerce con nosotros las funciones de Padre, mas bien que las de Juez.

Pero hay otro género de desconfianza muy criminal, y es la que tiene por objeto las cosas necesarias á la vida. Los hombres se atormentan y se agitan para procurarselas: se afligen, se desalientan quando no las tienen: emplean para conseguir las toda suerte de medios sin atencion ni respeto á la caridad: unos á otros se las quitan de las manos con violencias crueles, y dexan por esto sumergidas muchas familias en el mayor abandono: jamas estan contentos con las riquezas que adquieren, y léjos de moderarse segun el precepto del Evangelio, satisfacen todos sus gustos sin limitacion alguna, adquieren quanto pueden, y lo guardan con sumo cuidado, como si hubiesen de ser eternos. Si alguna desgracia se los arranca de las manos, se desesperan, se desconsuelan, y acusan de injusticia, y de malicia indistintamente á todos los que á su parecer son autores de ella. De esta manera los bienes de la vida sirven de un continuo

tormento para estos infelices, bien sea que Dios los conceda, que los quite, ó los niegue.

El Apóstol nos indica hoy un medio muy fácil de procurarnos la paz, y es el de echar sobre Dios todas nuestras solicitudes y cuidados: pedir y esperar con la debida confianza el pan de cada dia, y llevar con paciencia y sumision la escasez de las cosas necesarias, si acaso no se digna concederlas, ó si las concede con medida, teniendo presente que aunque alguna vez por sus altos designios le niegue al justo sus favores, al cabo nunca le dexa perecer.

Despues de todo esto deben los Christianos observar con escrupulosa atencion el otro consejo que el Apóstol nos da en las siguientes palabras: Sed sobrios, y velad. Si observamos constantemente las leyes de la templanza, no tendremos que mortificarnos mucho, si acaso alguna vez nos vemos reducidos á tener aun ménos que lo necesario. Si somos pobres, y debemos ganar el pan con el trabajo, ó si las enfermedades y otros contratiempos nos inhabilitan, hallaremos en la

compasion de las almas inflamadas por la caridad, socorros proporcionados á nuestras necesidades, porque la Providencia nunca abandona á los que son fieles y sumisos á las leyes divinas.

Es cierto que los hombres se lamentan, si por ventura no tienen mas que lo puramente necesario; ¿pero hay otro estado mas propio para hacerlos vigilantes? La medianía nos pone siempre al abrigo de todas las tentaciones que ocasionan las riquezas, y engendra en nuestros corazones una paz, que se conoce difícilmente en la opulencia. En este estado son ménos temibles las solitudes, los pesares, las traiciones y las perfidias; y si el enemigo nos arma algunos lazos para perdernos, tenemos tambien mas medios y recursos para vencerle.

El Apóstol San Pedro nos pinta hoy nuestro adversario como un leon que anda rugiendo al rededor de nosotros, buscando á quien tragar, y por desgracia hace con frecuencia sus presas sobre aquellos que carecen de la vigilancia y de la sobriedad. Los unos le presentan un cuerpo agravado con el peso de las viandas y del vino; un

espíritu embotado con una vida del todo carnal; un corazón embrutecido y esclavo de los sentidos, y una lengua que se desliza facilmente en la sensualidad. Otros le preparan unos ojos sin defensa dispuestos á mirar quanto se les pone delante; oídos abiertos á la mera insinuacion de las pasiones; pies prontos para caminar por el camino de la iniquidad; manos dispuestas á todo género de obras, y una lengua precipitada quando se trata de atacar al próximo, ó de blasfemar de la religion. ¿No podrá fundar este adversario buenas esperanzas de conseguir la victoria, quando nosotros mismos estamos de inteligencia con él para ayudarle?

Christianos, si no queréis ser presa de este enemigo feroz, seguid el consejo del Apóstol: resistidle fuertes en la fe, teniendo presente que vuestros hermanos esparcidos por el mundo sufren la misma tribulacion. Fortificad vuestro corazón meditando frecuentemente las verdades que nos enseña esta fe; y sobre todo reducidlas á práctica, porque este es el verdadero modo de conocerlas. Resistidle comparando sus máximas con las que os presenta una mo-

ral pura, practicada por el mismo Jesu-Christo. Resistidle sobre todo desconfiándoos de vosotros, y confiando en Dios. Mirad á vuestro alrededor, y vereis que todos los que os rodean son vuestros hermanos, porque tienen una misma vocacion, y experimentan iguales tentaciones, tribulaciones y amarguras.

Esta reflexi3n es suficiente para responder á las quejas indiscretas, que todos los dias profieren los Christianos. Si en el curso de su vida les acontece alguna desgracia, ó un suceso inesperado, se derraman inmediatamente en murmuraciones; y como si el Señor pudiese tener acepci3n de personas, exclaman diciendo: parece que este trabajo estaba hecho para mí, soy el mas desgraciado de todos, y ninguno tiene tanto que sufrir.

El Sabio nos dice, que nada hay nuevo debaxo del sol; y en efecto vemos que las aflicciones se suceden unas á otras, y que siempre son las mismas: que los mismos pecados se cometen ahora que en los tiempos pasados, y que nuestros hermanos sufren y padecen todo género de males.

El Apóstol San Pedro añade á este motivo de confianza otro muy singular, en el qual se reunen todos sus frutos si se practica con fidelidad. El Dios de toda gracia, el que nos llamó en Jesu-Christo á su eterna gloria, despues que hayais padecido un poco; él os perfeccionará, fortificará y consolidará. Todos los trabajos de la vida, si bien se consideran, son muy ligeros, hermanos mios. La miseria que nos oprime, y en la qual vivimos años y años llenos de disgustos é inquietudes; una enfermedad aguda que no nos permite un instante de reposo ni en el día, ni en la noche; un enemigo declarado que no piensa mas que en hacernos todo el mal posible, y en desacreditarnos con las personas que pudieran hacer ó contribuir á nuestra fortuna; una esposa, unos hijos que se dedican á contradecir nuestros gustos y á resistir nuestros preceptos; un corazon rebelde, una voluntad imperiosa que se alza sin cesar contra el espíritu; una carne á quien no pueden domar del todo la oracion, y los exercicios de mortificaci3n, todos estos son males y aflicciones que á primera vista parecen de mucha mag-

nitud; pero en la realidad son de bien poco momento si los comparamos de buena fe con nuestros pecados, si los miramos á la luz de la gloria que nos preparan, si los medimos por los tormentos de Jesu-Christo, que es el consumidor de nuestra fe; y en fin si consideramos los días y los años que pasamos en ellos con relacion á toda una eternidad. Si tenemos estas disposiciones, hermanos míos, no hay que temer, porque los trabajos solo sobrecogen á todos los que carecen de los principios de la religion, y por consecuencia de la humildad. Entónces léjos de quejarnos, nos felicitaremos unos á otros de tener que sufrir alguna cosa. Entónces estudiareis el modo de aplicar los trabajos para expiar los pecados, y honraris con vuestra paciencia á aquel Señor de quien es la gloria, y el imperio en los siglos de los siglos. Amen.

EVANGELIO DE SAN LUCAS.
cap. 15. v. 1. 10.

En aquel tiempo: Se acercaban á él los Publicanos, y pecadores, para oírle. Y los Phariseos, y los Escribas murmuraban, diciendo: Este recibe pecadores, y come con ellos. Y les propuso esta parábola, diciendo: ¿Quién de vosotros es el hombre, que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no dexa las noventa y nueve en el desierto, y va á buscar la que se habia perdido, hasta que la halle? Y quando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso: Y viniendo á casa, llama á sus amigos, y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabien, porque he hallado mi oveja, que se habia perdido. Os digo, que así habrá mas gozo en el cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos, que no han menester penitencia. ¿O qué muger que tiene diez drachmas, si perdiere una drachma, no en-

ciende el candil, y barre la casa, y la busca con cuidado hasta hallarla? Y despues que la ha hallado, junta las amigas, y vecinas, y dice: Dadme el parabien, porque he hallado la drachma, que habia perdido. Así os digo, que habrá gozo delante de los Angeles de Dios por un pecador que hace penitencia.

INSTRUCCION.

No nos quejemos, hermanos míos, de que la moral del Evangelio es demasiado dura, ni de que solo presenta verdades tristes para los pecadores. Es verdad que Jesu-Christo para despertar al impío del sueño de su pecado, le hace las amenazas mas terribles, y le conmina con los castigos mas espantosos; pero tambien, y con mas frecuencia se sirve para interesarle y reanimar su valor de promesas consoladoras, de invitaciones tiernas, y de solicitudes llenas de caridad y de amor. Quanto un alma está mas oprimida del

peso de sus crímenes, tanto mas digna se hace de su atención y misericordia. No solo la espera, sino que la llama: si huye, la busca: si se obstina en su pecado, la persigue con inquietud hasta que la encuentra, y la trae al aprisco. Tal es su solicitud y su cuidado, que muchas veces nos parecerá que abandona á un justo para acordarse de que él es el asilo de los pecadores. En fin para darnos confianza nos repite frecuentemente en el Evangelio, que la conversion verdadera y sincera del pecador, que ha pasado largos años en grandes pecados, le merece una preferencia decidida, considerándola con respeto á una dilatada perseverancia, que se pasa muchas veces en la indolencia y la tibieza.

¡O qué bien conocia el Profeta todo el valor de esta misericordia, quando decia: Israel, qué bueno es tu Dios! Tu salvacion y tu felicidad son los objetos únicos que llevan su atención; y así cantaré yo sus misericordias ántes de publicar sus juicios.

Pecadores, si Dios nos manda que levantemos de quando en quando nuestra voz para daros á conocer toda la

enormidad de vuestros pecados; y si para excitar en vuestros corazones un temor saludable, exige que os demos razon del rigor de sus juicios, tambien quiere que os intereseamos con la relacion de sus misericordias y de sus bondades. Esta es la consecuencia que ofrece hoy la Iglesia á nuestra consideracion. Si deseais tan sinceramente como Jesu-Christo vuestra salvacion, no permanecereis por mucho tiempo en el pecado; y si sabeis corresponder á sus llamamientos con la solitud que manifiesta, bien pronto llegareis á ser grandes santos. Esta verdad es la que principalmente está contenida en el Evangelio que acabais de oir; y á fin de que podais conocerla en toda su extension, voy á presentaros algunas reflexiones, que sin duda serán suficientes. Pedid á Dios que me dé sus luces.

Las predicaciones de Jesu-Christo se habian hecho célebres, hermanos míos, en toda la Judea. Sus enemigos á pesar de toda su animosidad y de su envidia no podian dexar de mirarle como un gran Profeta, y aunque los Sacerdotes y los Fariseos procu-

raban desacreditar su doctrina, esto no impedia para que todas las veces que se proponia instruir al pueblo viniesen á oirle hasta los Publicanos y los pecadores.

Sin embargo el Evangelio que tantas veces nos habla de los sermones de Jesu-Christo, se explica muy rara vez acerca de las conversiones que obraban sus palabras. Es verdad que concurre siempre gran muchedumbre para oirle, y que les habla con energía al interior de su corazón, dándolos á conocer unas verdades que no habian entendido ántes; pero por desgracia apenas hacen impresion, ni producen efecto alguno. Sus discursos se apoyaban por lo comun con milagros patentes; pero esta multitud se retira, y se queja de que su moral es muy dura.

Nada, hermanos míos, nos llena mas de amargura en el exercicio de nuestro ministerio, y nos abate el espíritu, como la poca ó ninguna esperanza que tenemos de que nuestros trabajos consigan algun fruto. Si Jesu-Christo, que era el dueño de los corazones, permitió que las palabras de vida eterna que salian de su boca no

produsesen sino muy raro efecto, ¿qué será de nosotros? Es verdad que los Ministros del Evangelio suben á las cátedras christianas para enseñaros las reglas de la moral, y que vosotros manifestais la mayor solícitud para oirlas; pero adónde están los frutos? ¡Ah! sin duda venis al templo con las malas disposiciones que los Fariseos, ó acaso como esos pecadores y publicanos de que nos habla el Evangelio. Endurecido vuestro corazon, y cercados por todas partes de las pasiones mas violentas y vergonzosas, no dais entrada á las máximas evangélicas que os predicamos; y conservando todas las imperfecciones y flaquezas que tanto os degradan á los ojos de la divinidad, la fecunda palabra de Dios nada produce en vuestras almas.

Jesu-Christo conocia muy bien estas diferentes disposiciones, pero no vemos sin embargo que se queje; y aunque el mal suceso de sus discursos parece que debia obligarlo á callar, no por eso dexa de publicar su doctrina, siempre que se le presenta la ocasion. Esa multitud que se apresura para escucharle, y que le sigue por todas par-

tes, le inspira la mas viva confianza de conversion; y así espera que á fuerza de oír hablar tantas veces de la justicia y de las virtudes, abandonarán al cabo los caminos de perdicion, y que entrando en los de la gracia procederán á practicar las obligaciones que les impone la ley. Nosotros, hermanos míos, ¿podrémos formar un juicio tan favorable? ¿Deberemos consolarnos al ver la diligencia que poneis para oír las verdades con que procuramos alimentar vuestras almas? Pero ya que venis á escuchar la palabra santa, no querais hacerla un objeto de pasatiempo, ni dexeis llevaros de los talentos y gracias exteriores del orador. Debeis persuadiros que la materia de la instruccion es siempre útil, y que para que fructifique la semilla de la salvacion, se requiere un oído atento, y un corazon dócil y pronto. Sobre todo no vengais jamas al templo con la detestable disposicion de los Sacerdotes y Fariseos orgullosos, los quales lisonjeados de su justicia se avergonzaban de verse confundidos entre los pecadores. Estos miserables pensaban haber llegado al colmo de la perfeccion,

y que las máximas de conversión y de penitencia que Jesu-Christo enseñaba, no tenían lugar para ellos; pero no contentos con esta satisfacción que les suministraba su amor propio, murmuraban diciendo: éste recibe pecadores, y come con ellos. Sin embargo hasta aquí solo se valen de murmuraciones, porque no se atreven á darle en cara con las acusaciones que le hacían entre sí, temiendo verse confundidos por el Salvador, como ya lo habían experimentado en otras ocasiones. Por tanto no se atreven á pedirle abiertamente cuenta de su conducta, y satisfacen su envidia condenándole en su interior. Se mofan al ver que un hombre que á su parecer queria hacer gala de una vida ajustada y timorata, se confunda con unas gentes sin probidad, sin religion y sin honor, y que llegue su baxeza á tal punto, que coma con ellos un pan, que seguramente seria el fruto de sus injusticias. Pero aunque así juzgan, no hablan palabra, y conociendo Jesu-Christo la materia de su inquietud, y deseando que no se le escapase una ocasión de reprehenderlos é instruirlos, les propone una parábola para justificar su

inocencia y condenar su orgullo.

Antes de entrar en la explicacion de esta parábola conviene resolver varias dificultades que se presentan. ¿Por qué causa, hermanos míos, permitia Jesu-Christo que se le acercasen los pecadores con tanta facilidad? Unos hombres, cuyas almas estaban manchadas con los vicios mas enormes, ¿no eran indignos de mezclarse con aquel que era la santidad misma por esencia? Sin duda me responderéis, que en esta conducta tenia el Salvador designios de bondad y de misericordia ácia estos infelices, y así nos lo quiere dar á entender el Evangelio. ¿Pero nosotros necesitamos separarnos de los pecadores? ¿Será verdad que estamos expuestos á un peligro evidente de la salvacion si mantenemos con los malos relaciones y tratos íntimos? ¿Hay alguna circunstancia en que nos sea permitido tratar con los enemigos de nuestro Dios? ¿La religion autoriza en alguna ocasion los enlaces, contratos y amistades entre los justos y los pecadores? Escuchad, Christianos, lo que los Padres de la Iglesia nos enseñan sobre esta materia, y principalmente la doctrina de San Agustin

sobre la mezcla de los buenos y los malos. El Señor, nos dice este Padre, ha permitido esta mezcla para la utilidad recíproca de unos y de otros, y su mutua santificación. El justo ruega al Eterno, y consigue con sus oraciones la conversión del pecador. Este persigue á los justos, y por su medio se ejercitan y alcanzan la corona. Los buenos con la santidad de sus exemplos edifican á los malos, y los retraen muchas veces de sus pecados, y estos con sus frecuentes recaídas los enseñan á vivir siempre alerta, y á desconfiarse de sus propias fuerzas. De esta manera, dice el Santo Doctor, es como la Iglesia, inalterable siempre en sus principios, saca sus ventajas y sus progresos de los descaminos y pecados de sus hijos. Confieso, almas fieles, que es cosa muy dura, y á las veces insufrible para los que de corazón aman, y profesan la virtud, el verse confundidos entre los perversos que la persiguen y desprecian. Ya veo vuestros sentimientos, y oigo las quejas que dais al Cielo al considerar la prolongación de vuestro destierro entre los habitantes de Cedar; pero no sabéis que aquel Señor que hace lucir su

sol sobre todos los hombres tiene sus designios de misericordia sobre ellos como sobre vosotros, y que quiere que á medida que su impiedad le irrita y le insulta, procureis edificarlos con santas obras? ¿Podeis ignorar que os ha establecido por sus mediadores para detener el brazo de su justicia? Christianos, si vuestros exemplos y oraciones no son suficientes para conseguir su conversión de los malos, ¿no servirán ellos á lo ménos para probar y purificar vuestras virtudes? Felices si como Jesu-Christo podeis contribuir á su salvación, ó conseguir por su medio un mérito distinguido para con Dios.

Es verdad que se necesitan grandes precauciones para vivir y conservar la virtud entre los pecadores. Nosotros mismos experimentamos todos los días que sus escándalos y malos exemplos son piedras resbaladizas aun para los que presumen de alguna fortaleza; pero el Apóstol hablando en términos precisos de estos casos nos da un consejo de grande utilidad, y es el de amarlos entrañablemente; pero con un amor sabio, que distinga el pecador del pecador. Si hay necesidad de conversar con

ellos, se ha de preferir siempre la gloria y los intereses de Dios: si alguna vez nos vemos precisados á concurrir á sus tertulias y asambleas, que sea manifestando aquella firmeza y decoro, propia de un Christiano para poner un freno á su iniquidad. En fin, tenemos estrecha obligacion de trabajar para adquirir su confianza, y de poner todos los medios que puedan conducir á ganarlos para Jesu-Christo. De esta manera es como puede vivir un Christiano en medio de los pecadores.

Jesu-Christo propone á los Fariseos una parábola, en la qual quiere demostrarlos el interes que toma en su salvacion. Ya sabeis, hermanos míos, que para proporcionar sus instrucciones al estado y capacidad de los oyentes se valia de figuras y parábolas, y de esta manera presentándoles los principios, los iba llevando poco á poco á que sacasen las conseqüencias por sí mismos. En efecto, les presenta la imágen de un hombre dueño de un rebaño numeroso que dirige todos sus cuidados á su conservacion, y les dice: ¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiera una de ellas no de-

xa las noventa y nueve en el desierto, y va á buscar la que se habia perdido hasta que la halle? Y quando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso, y viniendo á casa, llama á sus amigos y vecinos, diciéndoles: dadme el parabien, porque he hallado mi oveja que se habia perdido. ¡Qué imágen tan tierna nos presenta, hermanos míos, esta figura de los cuidados y solitudes de nuestro Dios! El pastor á todas las ovejas las mira con igualdad; y si una se le escapa, abandona las otras, y corre ansioso á buscarla, atropellando todos los estorbos que se le presentan. Si ella se muestra insensible á su voz, no por eso dexa de seguirla, y aunque se vea fatigado por los ardores del Sol, no descansa ni un momento. ¡Pero qué placer quando al cabo da con ella! Entónces quisiera que todos tomasen parte en su alegría, y volviéndola al aprisco se felicita de su fortuna.

Esto mismo es lo que hace Jesu-Christo. Los Profetas que nos hablan de su ministerio y su mision nos le representan como un pastor que debia correr tras las ovejas perdidas de la casa de Israel. Su cetro le miraban como

el cayado que sirve al pastor para conducir su ganado. Su reyno le designaban á la manera de un prado que produce con abundancia las yerbas mas provechosas. En fin, Jesu-Christo mismo confirmando esta verdad, nos dice que solo quiere hacer un pueblo y un rebaño de todas las naciones de la tierra.

¿Es posible, hermanos míos, que un Dios se revista de esta qualidad para unas criaturas que solo han pensado en ofenderle? ¿Quando debia tomar el rayo para confundirlas: quando en aquel momento que mas encenagadas estan en sus crímenes debia llamarlas para que le diesen cuenta de sus obras; entónces las convida con su misericordia, y las habla unas palabras de paz y de gracia? Pero así lo enseña la fé; y á la verdad que considerando todo esto, nos debiamos llenar de confusion al ver la paciencia de nuestro Dios. Esto es lo que excitaba en San Agustin su admiracion y reconocimiento; pero yo quisiera que las palabras de este Santo Doctor penetrasen el corazon de los pecadores mas endurecidos, y con esto solo tendria lo muy suficiente para esperar que se so-

parasen del mal, y que supiesen corresponder á los llamamientos que los ha hecho Dios por un efecto de su misericordia.

Dios, dice este Padre, empleaba los mas piadosos artificios para sacarme del abismo adonde me habian sumergido mis pecados: yo procuraba evitar su presencia, pero él me perseguia, y un leon hambriento no se manifiesta tan codicioso de su presa, como este Señor se mostraba zeloso de mi salvacion. Yo le estaba viendo ya en las lágrimas de una madre que no cesaba de llorar mis pecados, y de solicitar mi conversion; ya en los remordimientos de una conciencia sobresaltada que continuamente me reprehendia mis desórdenes, y ya en los discursos de un Obispo, cuya eloqüencia conmovia, y ablandaba la dureza de mi corazon. Si algunas veces procuraba disipar mis disgustos con pasatiempos peligrosos, una secreta amargura turbaba luego el placer que sentia. Si queria lisongear mi curiosidad con las ficciones de los poetas ó los sistemas de los filósofos, inmediatamente descubria sus mentiras, y á pesar de todas mis diligencias para huir de aquellas cosas que